

## Afectos y manipulación. De la experiencia peronista a la teoría del populismo<sup>1</sup>

Ricardo Laleff Ilieff<sup>2</sup>

Recepción: 09-06-2022 / Aceptación: 01-12-2022

**Resumen.** El trabajo analiza el vínculo entre afectos y manipulación tal como ha sido concebido por uno de los abordajes canónicos sobre el fenómeno peronista –el de Gino Germani– y por la teoría del populismo de Ernesto Laclau. En ese marco, se ofrece una serie de precisiones conceptuales que sitúan distintos aspectos de los debates suscitados por ambas obras e interrogan el estatuto conceptual de la afectividad en los procesos de subjetivación. Asimismo, se repasan ciertas premisas del pensamiento de Jacques Lacan al revisar críticamente no solo aquellas perspectivas que explican al populismo como lo otro de la democracia debido a la supuesta dimensión manipuladora del líder, sino también a las propias reflexiones de Laclau, cuya ponderación de los afectos como vía de explicación de las identidades colectivas parece implicar la disolución de la singularidad de los sujetos, reabriendo así la conexión entre autoritarismo y populismo.

**Palabras Clave:** Afectos; Subjetivación; Peronismo; Populismo; Laclau.

### [en] Affects and Manipulation. From the Peronist Experience to the Theory of Populism.

**Abstract.** The paper analyzes the link between affects and manipulations as it has been conceived by one of the canonical approaches to the Peronist phenomenon –that of Gino Germani– and by Ernesto Laclau’s theory of populism. From that perspective, it elaborates a series of conceptual precisions that establish different aspects of the debates raised by both works and interrogate the conceptual status of affection in the processes of subjectivation. Moreover, some of the premises of Jacques Lacan’s thought are analyzed by critically reviewing not only those perspectives that describe populism as democracy’s other due to the supposed manipulative dimension of the leader, but also Laclau’s himself considerations, whose weighting of the affects as the way of explaining collective identities seems to imply the vanishing of the singularity of the subjects, thus reopening the connection between authoritarianism and populism.

**Keywords:** Affects; Subjectivation; Peronism; Populism; Laclau.

**Sumario.** Introducción. La “ilusión” totalitaria. Hegemonía = discursividad + afectividad. Con Laclau, más allá de Laclau. Consideraciones finales. Bibliografía.

**Cómo citar:** Laleff Ilieff, R. (2023). Afectos y manipulación. De la experiencia peronista a la teoría del populismo. *Res Pública. Revista de Historia de las Ideas Políticas*, 26(2), 209-221.

### Introducción

“Populismo”, “afecto”, “manipulación”, a nadie podría sorprenderle un encadenamiento de significantes semejante –como el que sugiere el título de este trabajo– o, para decirlo con Giuseppe Duso, una suerte de *red conceptual* en cuyo entramado cada uno de estos términos adquiere importancia<sup>3</sup>. Máxime si atraviesa una interrogación sobre el peronismo, fenómeno con un evidente y perdurable magnetismo que ocupa un rol destacado dentro del grupo de los “populismos clásicos latinoamericanos” –junto al yrigoyenismo,

al cardenismo y al varguismo– y que no deja de re-vestir suma actualidad.

Ahora bien, si seguimos a un especialista como Samuel Amaral<sup>4</sup>, el peronismo no siempre fue considerado un “populismo”. Comenzaría recién a suceder en los años 1960, esto es, una vez ya derrocado Juan Domingo Perón de su segunda presidencia. Como sabemos, dicho término existía tiempo atrás –a razón de la experiencia rusa<sup>5</sup> y de la posterior estadounidense con el *People’s Party*–, e incluso circulaba en el lenguaje coloquial de la época. Pero fue con la intervención de Torcuato Di Tella<sup>6</sup> que comenzaría a

<sup>1</sup> Las hipótesis que estructuran este trabajo fueron discutidas en el seminario “Los populismos”, organizado por el Centro de Investigaciones en Historia Conceptual (CEDINHCO) de la Escuela de Humanidades de la Universidad Nacional de San Martín, el 13 de noviembre de 2020. Agradezco muy especialmente a Claudio Ingerflom por su generosa invitación y a los comentarios de todos los intervinientes; en especial a los de Marina Farinetti, Pasquale Serra y Gérard Bras. También quisiera agradecer a Julián Melo, con quien pude discutir una primera versión del escrito.

<sup>2</sup> UBA-IIGG-CONICET.  
Correo electrónico: [ricardo.laleffiliuff@conicet.gov.ar](mailto:ricardo.laleffiliuff@conicet.gov.ar)

<sup>3</sup> G. Duso, *La representación política. Génesis y crisis de un concepto*, San Martín, UNSaM Edita, 2016.

<sup>4</sup> S. Amaral, *El movimiento nacional-popular. Gino Germani y el peronismo*, Buenos Aires, EDUNTREF, 2018.

<sup>5</sup> C. Ingerflom, *El zar soy yo. La impostura permanente desde Iván el Terrible hasta Vladimir Putin*, Madrid, Guillermo Escolar Editor, 2017.

<sup>6</sup> T. Di Tella, “Populismo y reforma en América Latina”, *Desarrollo Económico* 4-16, 1965.

ser utilizado recurrentemente para desentrañar las características del proceso iniciado el 17 de octubre de 1945<sup>7</sup>. Este primer eslabón del encadenamiento que ofrecemos –es decir, el que une la experiencia peronista con el concepto populismo– se inscribe en uno de más largo alcance que devela sus adscripciones al proceso de irrupción de las masas iniciado en la segunda mitad del siglo XIX. Ya por aquel entonces surgieron perspectivas que lo caracterizaron a partir de una supuesta exacerbación de las “emociones” o las “pasiones”. La psicología de Gustave Le Bon y el enfoque de Gabriel Tarde sobre las multitudes señalaban que, por obra del contagio y la imitación, se replicaba un comportamiento análogo entre los integrantes de la masa: un mismo sentimiento, una común pérdida de racionalidad, un regreso a cierta lógica instintiva. El único sustraído a tal alquimia era el líder, quien podía aprovecharla para sus propios intereses. La conclusión, por tanto, no podía ser más evidente desde el punto de vista político: en los fenómenos de masas se expresa una relación asimétrica y autoritaria, irracional en su base, donde impera la manipulación afectiva que gesta el borramiento del individuo y consagra el poder de un Uno<sup>8</sup>. Así, para la bibliografía canónica sobre populismo, el peronismo apareció considerado como una expresión fidedigna de lo *otro* de la democracia liberal. Sin embargo, tal como veremos en el primer apartado con “La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo”<sup>9</sup> [1956] de Gino Germani, se trató de una experiencia singular que se basó en la manipulación y en cierta dimensión sumamente genuina de libertad<sup>10</sup>.

Este juicio, sostenido por un intelectual italiano, emigrado de Italia por su antifascismo, permite

plantear algunos interrogantes sobre el tipo de subjetivación política que el peronismo, como ejemplo de populismo, supo desplegar. Sin embargo, nuestro interés principal consiste en revisar la teoría del populismo y no dar cuenta pormenorizada de los intrincados debates sobre dicha experiencia argentina. Por tanto, nos concentraremos en la intervención efectuada por Ernesto Laclau en *La razón populista*<sup>11</sup> [2005], y esto no solo porque examina los postulados de ciertas interpretaciones previas sobre el populismo, sino porque además rescata la dimensión afectiva como elemento esencial de toda identidad colectiva. Así, la separación entre lo individual y lo social –que se amalgama con la diada racionalidad-irracionalidad– indicada por los enfoques clásicos aparecerá fuertemente cuestionada por el decir del autor argentino. Como veremos en el segundo apartado, nos interesa preguntarnos si en la vinculación que Laclau propone entre afectos y discursividad no se produce –como han señalado importantes académicos– el reingreso de la manipulación como variable explicativa –lo que no sería otra cosa que permanecer en el umbral de los trabajos clásicos sobre las masas y el populismo que él mismo critica–. Sostendremos, hacia el tercer apartado, que es posible retomar las premisas de su apuesta teórica dejando planteadas ciertas aristas que abordan, inclusive más allá de sus omisiones o afirmaciones normativas, aquello que Pasquale Serra definió como la tarea de la teoría del populismo, a saber: la superación de la subjetivación liberal a partir de un marco que retome el problema de la unidad contemplando la heterogeneidad de todo campo de representación<sup>12</sup>. Apelando a la enseñanza de Jacques Lacan, resultará factible afirmar el carácter imposible

<sup>7</sup> En este marco amerita señalar a la importante compilación de Ghita Ionescu y Enest Gellner aparecida en 1969 (*Populismo: sus significados y características nacionales*, Buenos Aires, Amorrortu, 1970). Sobre la diferencia entre la ausencia de un término en boca de los actores y el uso posterior consagrado por los estudiosos, cabe seguir aquí a Sabina Frederic y Germán Soprano, quienes desde la antropología señalaron la necesidad de vincular los sentidos atribuidos por los propios sectores sociales –siempre plurales– en concordancias con “las propias interpretaciones de los científicos sociales”, pues estos “han contribuido a la definición, actualización y resignificación de las identidades y formas de sociabilidad” asumidas, por ejemplo, “por el peronismo o por los peronistas”. S. Frederic y G. Soprano, “Panorama temático: antropología y política en la Argentina”, *Estudios en Antropología Social* Vol. 1, N. 1. 2008, p. 138. Sobre los modos de comprensión del 17 de octubre, consultar: A. Magrini, “Narrativas sobre peronismo. Presencias ausentes de una iteración argentina”, *IDENTIDADES* 7-4, 2014.

<sup>8</sup> Es interesante notar que en esquemas como los de Le Bon y Tarde ya operaba aquello que se manifestaría en muchos otros pensadores igualmente críticos del rol del liderazgo de masas, esto es, que el líder es el único que se conserva como “individuo” y, por tanto, es el único en condiciones de aplicar una racionalidad medios-fines. Lo llamativo es que de esta presunción bien podría derivarse una defensa de su rol y no su entera impugnación, más teniendo en cuenta las premisas normativas que atraviesan a tales enfoques.

<sup>9</sup> G. Germani, “La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo”, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós, 1968.

<sup>10</sup> Cabe indicar que la obra germaniana es un buen ejemplo de lo que hemos indicado como un encuentro tardío entre el modo de comprender la experiencia peronista y el uso del término populismo para explicarla. Mucho más proclive a la noción de “movimiento nacional popular” –que lejos estaba de tener como fuente la obra de Antonio Gramsci (Amaral, *op. cit.*), Germani recién apelaría a la noción de “populismo” en sus últimos trabajos, en especial en *Autoritarismo, fascismo y populismo nacional*, [1975]. Lo haría, sin embargo, de un modo particular: hablaría de “populismo nacional”, expresión que no gozó del beneplácito de la literatura posterior.

<sup>11</sup> E. Laclau, *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2015.

<sup>12</sup> S. Pasquale, *El populismo argentino*, Buenos Aires, Prometeo, 2019. Además del trabajo de Serra, existen interesantes contribuciones sobre la relación entre liberalismo y populismo: Guillermo Pereyra encuentra un límite en la teoría laclausiana al no poder superar la forma democrático-liberal que la presenta como opuesta (“La razón populista o el exceso liberal de la teoría de la hegemonía”, en J. Aibar Gaete (edit.), *Vox Populi. Populismo y democracia en América Latina*, México, FLACSO, 2007). Francisco Panizza, por su parte, remarca que la crítica a la dimensión despolitizadora del liberalismo que efectúa Laclau tiene como contracara una política sin conflicto –una no-política– en la identificación líder-pueblo (“Introducción. El populismo como espejo de la democracia”, en F. Panizza (comp.), *El populismo como espejo de la democracia*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica). Aboy Carlés, en cambio, analiza dicho vínculo a partir de las tensiones e hibridaciones que las distintas experiencias populistas conllevaron entre la parte y el todo (“Populismo y democracia liberal. Una tensa relación”, *IDENTIDADES*, 2-6, 2016). Sobre el problema de la unidad, el trabajo que aquí presentamos es una continuación de lo que hemos llamado –apelando a Carl Schmitt en su lectura de Thomas Hobbes– la presencia de una “reserva liberal” en la teoría de la hegemonía debido a la dimensión inmanipulable de los afectos; dimensión, sin embargo, que permite explorar una noción de singularidad más allá de la subjetivación liberal de corte atomista. R. Laleff Ilieff,

de la manipulación, en tanto el afecto revela la singularidad del sujeto; revela ese resto inabarcable por lo simbólico que opera en su interior como garante de su apertura. Así, nuestro trabajo apelará a ciertos modos de conceptualización de una experiencia concreta como el peronismo para evaluar la capacidad heurístico-explicativa de una teoría como la laclausiana, que refiere no solo al vínculo populismo-democracia, sino también al vínculo afectividad-subjetivación<sup>13</sup>.

### La “ilusión” totalitaria.

En la revisión que ofrece Maristella Svampa<sup>14</sup> de los estudios sobre populismo aparece destacado un primer grupo de interpretaciones que tienden a ocuparse de sus supuestos elementos míticos<sup>15</sup>. Svampa destaca que más allá de sus respectivas modulaciones, todos estos trabajos o bien niegan “la posibilidad de otras figuras de la democracia (democracia participativa, democracia directa) o bien demonizan las formas de democracia plebeya”<sup>16</sup>. No en vano tienden “a asimilar de modo muy rápido populismo y fascismo, algo que desde la experiencia específicamente latinoamericana desemboca en una interpretación inapropiada y descalificadora”<sup>17</sup>. De este modo pierden de vista que “de la mano de la cuestión social y los estilos de liderazgo personalistas”, el populismo latinoamericano no es más que “la expresión, sobre todo, del ingreso del mundo de los excluidos al nuevo orden político-social, ingreso que permitirá resolver la cuestión social, suturando simbólicamente la brecha entre representantes y representados”<sup>18</sup>. Esta aseveración ilumina cierto rasgo epocal de indudable relevancia –ya comentado en nuestra introducción–: el carácter inaudito de las masas conllevó la necesidad de efectuar algún tipo de reinscripción en la vida política. En este sentido, el populismo apareció como uno de los intentos para cumplimentar esa empresa.

Existieron enfoques que así lo entendieron basándose en el análisis de los condicionamientos “histórico-estructurales”<sup>19</sup>. Esta literatura definió al populismo: a) como parte del complejo proceso de modernización industrial (Di Tella; Germani); b) al interior de un pacto social que garantizara la dominación de clase (Weffort<sup>20</sup>); c) como una derivación de las relaciones de dependencia del capitalismo (Ianni; Cardoso y Faletto<sup>21</sup>) y; d) como modalidad inserta en la tarea desarrollista que el Estado debió asumir ante la debilidad de las burguesías locales (Touraine<sup>22</sup>). Pero a pesar de la tónica de cada uno de ellos, la mayoría apeló al rol del liderazgo para poner de relieve el “engaño” del que las masas habían sido víctima. No casualmente hicieron suya la catalogación del populismo como un fascismo, lo que ayudaría a gestar una representación del populismo como lo otro de la democracia liberal. Uno de los problemas evidentes de estas perspectivas es la falta de comprensión sobre la especificidad del fenómeno, pues parten de cierta visión etnocéntrica y concluyen en una operación de patologización; otro –del cual no escapará el decir del propio Laclau– es que no pueden comprender al populismo y su vínculo con las instituciones, presentando a tal fenómeno como anti-institucional o a-institucionales<sup>23</sup>. La obra de Germani es particularmente sugerente para revisar estas cuestiones.

Máximo exponente de las investigaciones sobre modernización en América Latina y pionero en los estudios sobre el peronismo, en sus distintos trabajos Germani remarcó siempre el carácter patológico de la transición argentina de una sociedad tradicional a industrial<sup>24</sup>. Proclive a hacerse eco de la asimilación del peronismo con el fascismo y el nazismo que había operado ya en los acalorados debates entre intervencionistas y neutralistas que se sucedieron a lo largo de casi toda la Segunda Guerra Mundial en Argentina, no dejaría de procurar captar la peculiaridad del proceso iniciado en 1945 y, en ese marco, a la dimen-

“La reserva liberal en la teoría de la hegemonía de Ernesto Laclau”, en M. Rossi, y E. Mancinelli (comps.), *La política y lo político en el entrecruzamiento del posfundacionalismo y el psicoanálisis*, Buenos Aires, IIGG-CLACSO.

<sup>13</sup> Se entiendo por subjetivación, no una categoría que excluye a la de sujeto sino, más bien, una que busca que parte del carácter siempre contingente de toda identidad, con sus procesos semi-estructurados.

<sup>14</sup> M. Svampa, *Debates latinoamericanos: indianismo, desarrollo, dependencia y populismo*, Buenos Aires, Edhasa, 2016.

<sup>15</sup> Como los de P. Birnbaum, *Le peuple et les gros. Histoire d'un mythe*, París, Pludel, 1979; A. Pessina, *Le mythe du peuple*, París, PUF, 1992; P. Taguieff, “Las ciencias políticas frente al populismo: de un espejismo conceptual a un problema real”, en AA. VV., *Populismo posmoderno*, Universidad de Quilmes, 1996, y; I. Vega Centeno, *Aprismo popular, cultura, religión y política*, Lima, Cisepa Puc, 1991.

<sup>16</sup> M. Svampa, *op. cit.*, p. 272.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 273.

<sup>18</sup> *Idem*. Consultar también: P. Biglieri y G. Perelló, “Sujeto y populismo o la radicalidad del pueblo en la teoría posmarxista”, *Revista Debates y Combates* 9, 2015.

<sup>19</sup> M. Svampa, *op. cit.*, p. 273.

<sup>20</sup> F. Weffort, “El populismo en la política brasileña”, en M. Mackinnon y M. Petrone (eds.), *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la centenia*, Buenos Aires, Eudeba, 1998.

<sup>21</sup> O. Ianni, “Populismo y capitalismo”, *La formación del Estado Populista en América Latina*, Buenos Aires, Era, 1975, y; H. Cardoso y E. Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1977.

<sup>22</sup> A. Touraine, *Actores sociales y sistema político en América Latina*, Santiago, PREALC, 1987.

<sup>23</sup> Es que en el decir de Laclau, el pueblo se opone a las instituciones, lo que ha sido refutado por diversos autores que remarcaron las características de los populismos latinoamericanos con sus empresas constitucionales, sus legislaciones laborales y sociales, etc. Sobre el particular: G. Aboy Carlés, “Las dos caras de Jano: acerca de la compleja relación entre populismo e instituciones políticas”, *Pensamiento Plural* 4-7, 2010; S. Barros, “Espectralidad e Inestabilidad Institucional. Acerca de la Ruptura Populista”, *Estudios Sociales* 30, 2006. y; J. Melo, “El jardinero feliz: sobre populismo, democracia y espectros”, *Las Torres de Lucca* 2, 2013.

<sup>24</sup> A. Grondona, *Gino Germani. Transición, paradojas, sustituciones y heterogeneidades*, Los Polvorines, Ediciones UNGS, 2017; F. Neiburg, *Los intelectuales y la invención del peronismo. Estudios de antropología social y cultural*, Buenos Aires, Alianza Editorial, 1998.

sión crucial de la afección en política, ya sea a partir de su racionalidad o irracionalidad. De hecho, en “La integración...”, el peronismo aparece como un fenómeno antidemocrático debido a la manipulación de su líder, aunque sumamente singular por el tipo de engaño que ejecutó.

Recordemos: dicho escrito comienza con una afirmación epocal que no discrimina entre Europa y América, pues en Occidente entero existía una “crisis total” extendida “a todos los aspectos de la vida, en el orden personal y colectivo”<sup>25</sup>. Las razones de ello se deben: a) la asincronía entre el desarrollo de las técnicas productivas y las persistentes desigualdades sociales; b) la división de bloques impuesta por la Guerra Fría; c) una suerte de “politeísmo de los valores” –para usar la expresión célebre de Max Weber<sup>26</sup>– que obtura la estabilización del espacio social y, acaso la más importante para el autor; d) la dificultad de las instituciones políticas –“ajustadas a un tipo de sociedad” muy “distinta”<sup>27</sup> de la actual– de integrar adecuadamente a las masas “a la vida política”<sup>28</sup>. Siguiendo este último juicio, Germani recalca que el voto no podía ser garante de una participación efectiva, pues en verdad dio lugar a la “política como actividad especializada, profesional, o casi profesional, de la minoría”, y aunque lejos estaba de rechazarlo, al ser el “único medio efectivo que posee el hombre común para defender sus intereses, su dignidad personal, su vida misma”, indica que es preciso que se le haga “consciente”, para “que la sienta como algo real y concreto y no como simple noción abstracta, o peor, una vacía retórica política”<sup>29</sup>.

En suma, los aspectos subjetivos resultan cruciales, lo que no quita que su pertinencia o impertinencia deba ser juzgada tomando en cuenta las características objetivas de la estructura social de un país. De hecho, al hacerlo, la demagogia puede ser distinguida y hasta denunciada, permitiendo la construcción de mediaciones políticas adecuadas para la libertad. Pero lo que nos interesa de esto es menos evaluar su perspectiva ontológica y epistemológica que comenzar a cifrar el problema de la manipulación que conduce a la impugnación del populismo.

Ante este escenario tan preocupante, Germani imagina una solución. Afirma que es menester gestar prácticas políticas comunitarias, ya que “la experiencia de la democracia” debe “empezar desde las

actividades que tocan de manera inmediata y directa la vida del hombre común”<sup>30</sup>. En esa línea, le recomienda a los solicitantes de su escrito –el gobierno de la Revolución Libertadora– implementar cambios urgentes, a sabiendas de que no podrán efectuarse de un día para otro, ya que deben ser acompañadas, también, con “profundas reformas, incluso en el orden urbanístico”<sup>31</sup>. Así, Germani se adentra poco a poco en los pormenores de la crisis política y los distintos intentos de resolución que se han desplegado para solucionarla. Señala que algunos países apelaron a la competencia eleccionaria entre partidos de masas sólidamente organizados, mientras que otros a una “seudosolución”, a una “ilusión”, a “un *ersatz* de participación” que establecía que las masas podían intervenir, de modo decisivo y directo, “en la dirección de la cosa pública”<sup>32</sup>. Entre este último grupo estaba la Italia fascista, la Alemania nazi y, obviamente, la Argentina peronista.

Pero, ¿qué llevó a Germani a catalogar tales experiencias como “seudorespuestas” totalitarias y, en ese mismo gesto, a procurar diferenciarlas? La respuesta: la forma en que la manipulación se ejecutaba, el tipo de ilusión que sus respectivos líderes proveían a sus seguidores, la relación que se tejía entre fantasía y realidad con el objeto de que las masas creyeran que “ahora son ellas el elemento decisivo, el sujeto activo en la dirección de la cosa pública”<sup>33</sup>. Así, el sociólogo vuelve a apelar a elementos propios de la estructura social. Expresa que tanto en el caso italiano como en el alemán el vertiginoso cambio del mundo dio lugar a la emergencia de una amplia clase media desocupada; en el argentino, a que migrantes del interior del país –en especial de las zonas rurales–, portadores de creencias y valores tradicionales, buscaran refugio en los principales centros urbanos<sup>34</sup>. En ambos tipos de totalitarismo las masas se encontraron “disponibles”<sup>35</sup>, a la espera de una inscripción política, pero el peronismo, según Germani, no fue un totalitarismo antiobrero como el movimiento nazi, tan preocupado por las intenciones revolucionarias marxistas y por evitar el avance de la proletarianización de la clase media. Por el contrario, los trabajadores se convirtieron en la principal base de sustentación del populismo argentino sin dar vida a expresiones “racistas” que proyectaran “el odio y el resentimiento”<sup>36</sup>. Esta diferencia terminó haciendo que “la «irracional-

<sup>25</sup> G. Germani, “La integración...”, *op. cit.*, p. 310. Sobre la noción de “crisis” en la obra germaniana, cf. L. García, “La modernidad como crisis. Apuntes para una relectura de Gino Germani”, *Revista Modernidades* 3-6, 2007.

<sup>26</sup> M. Weber, “La ciencia como vocación”, *El político y el científico*, Madrid, Alianza, 1972.

<sup>27</sup> G. Germani, “La integración...”, *op. cit.*, p. 312.

<sup>28</sup> *Ibidem*, p. 313.

<sup>29</sup> *Ibidem*, p. 315.

<sup>30</sup> *Ibidem*, p. 318.

<sup>31</sup> *Ibidem*, p. 316.

<sup>32</sup> *Ibidem*, p. 319.

<sup>33</sup> *Idem*.

<sup>34</sup> Esta sería una de las tesis germanianas más criticadas. Al respecto, cf. T. Halperin Donghi, “Algunas observaciones sobre Germani, el surgimiento del peronismo y los migrantes internos”, *Desarrollo Económico* 14-56, 1975, y; M. Murmis y J. C. Portantiero, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.

<sup>35</sup> *Ibidem*, p. 322.

<sup>36</sup> *Ibidem*, p. 329.

lidad» de las clases medias europeas” fuera “mayor que la de las clases populares en la Argentina”<sup>37</sup>. No hay duda –sentencia Germani– que el líder peronista manipuló a sus seguidores, pero lo hizo de un modo mucho más complejo que Mussolini o Adolf Hitler, acaso menos por sus habilidades personales que por la naturaleza misma de la estructura social del país<sup>38</sup>.

Esta afirmación resulta paradójica, ya que los sectores urbanos que apoyaron al fascismo y al nazismo eran portadores de valores modernos, sin embargo, su irracionalidad fue mayor que en el caso peronista, con sus migrantes poseedores de perspectivas tradicionales y hasta premodernas. El accionar de Perón fue más importante porque tomó como asidero algo real, objetivo y concreto: la dignidad dispensada a los trabajadores. De manera que es menester interrogar, ¿dónde residió para Germani el engaño del líder? La respuesta es simple: Perón les hizo creer a los trabajadores que la dignidad obtenida tenía un efecto correlato político cuando, en verdad, no era así: solo él, como cabeza del movimiento, decidía. En consecuencia, Perón solo proveyó una experiencia de libertad social sin libertad política alguna, sin concesiones o reformas de fondo, haciendo que las masas se figuren dominadoras de una situación que las tenía, en verdad, como dominadas. Sin embargo, Germani aclara que esta empresa no se desplegó a partir de una lógica clientelar o prebendaria, pues concitó el “apoyo sincero de vastos sectores populares (y ello en agudo contraste con los fascismos europeos)”<sup>39</sup>. En el siguiente capítulo, el autor se refiere precisamente a ello apelando a la metáfora del “plato de lentejas”<sup>40</sup>.

Según Germani, el peronismo resulta incomprendible si no se toma en cuenta las particularidades de la estructura social del país. De hecho, recuerda “el estado de inferioridad y de inseguridad” en que se encontraba “el obrero” argentino –su “estado psíquico”– y cómo “la afirmación de ciertos derechos en

el ámbito inmediato de su trabajo”, en ese ambiente que “ha llegado a considerarse como un lugar de humillaciones, ha significado una liberación parcial de sus sentimientos de inferioridad, una afirmación de sí mismo como un ser igual a los demás”, una verdadera “liberación”, “nueva para gran cantidad de trabajadores”<sup>41</sup>.

Visto de este modo, el comportamiento de los trabajadores peronistas no estuvo signado por una “ciega irracionalidad”<sup>42</sup>, por el contrario. Sin embargo, Germani no duda de aseverar que lo realmente “racional” hubiera sido encausar tales inconvenientes a través del “método democrático” propio de las instituciones liberales, aun cuando se trataba de una opción vedada por las “condiciones negativas” de los años 1930 –como, por ejemplo, la falta de elecciones limpias– y por “las características subjetivas que presentaban las clases populares a comienzos de la década de 1940”<sup>43</sup>. Esto conduce a señalar que las “clases medias alemanas” podrían haber emprendido un camino distinto en tiempos de Weimar. En Argentina, en cambio, los desequilibrios estructurales solo pudieron dar lugar a una experiencia de libertad que derivó en una falsa libertad. Todo ello redundaba en desafíos diferentes para tales naciones: en Alemania, la desnazificación podía basarse con la vía educativa; en Argentina, la “desperonización” constituía “un problema muy distinto”<sup>44</sup>, ya que no debía residir “de ningún modo en un *cambio de mentalidad, sino en ofrecer a la acción política de esas masas un cambio de posibilidades que les permitan alcanzar sus objetivos «reales»*”<sup>45</sup>. En otras palabras, en el caso del país europeo la falla se podía subsanar en términos subjetivos, porque se trataba ya de una sociedad moderna; mientras que en el caso argentino solo operando sobre las deficiencias de la estructura social emergía la genuina posibilidad de desechar la ilusión peronista; de hacer de ese componente de verdad que tenía su mentira –el reconocimiento social, pero no

<sup>37</sup> *Ibidem*, p. 328.

<sup>38</sup> “No pretendemos negar con esto la existencia de elementos psicosociales comunes en todo totalitarismo: la identificación de las masas con el «líder», el contacto directo, personal, diríamos, a que éste apunta (y frecuentemente logra: recuérdense los típicos «diálogos» con la muchedumbre), representaban en la Argentina como en los casos europeos (aunque en distinta medida) un poderoso vehículo en la formación de esa seudoparticipación necesaria para el consentimiento. Mas aquí termina, por lo menos a este respecto, la similitud entre el fenómeno europeo y el argentino”. *Ibidem*, p. 323.

<sup>39</sup> *Ibidem*, p. 325.

<sup>40</sup> “En la interpretación de este fenómeno se ha incurrido en graves equívocos. Según la versión generalmente aceptada, el apoyo de las clases populares se debió a la demagogia de la dictadura. Una afirmación tan genérica podría aceptarse, más es, por lo menos, insuficiente. Pues lo que tenemos que preguntarnos a continuación es en qué consistió tal demagogia. Aquí la interpretación corriente es la que por brevedad llamaremos del «plato de lentejas». El dictador «dio» a los trabajadores unas pocas ventajas materiales a cambio de la libertad. El pueblo «vendió» su libertad por un plato de lentejas. Creemos que semejante interpretación debe rechazarse. El dictador hizo demagogia, es verdad. Mas la parte efectiva de esa demagogia no fueron las ventajas materiales, sino el haber dado al pueblo la experiencia (ficticia o real) de que había logrado ciertos derechos y que lo estaba ejerciendo. Los trabajadores apoyaban la dictadura, lejos de sentirse despojados de la libertad, estaban convencidos de que la habían conquistado. Claro que aquí con la misma palabra libertad nos estamos refiriendo a dos cosas distintas; la libertad que habían perdido era una libertad política a ejercer sobre el plano de la alta política, de la política lejana y abstracta. La libertad que creían haber ganado era la libertad concreta, inmediata, de afirmar sus derechos contra capataces y patrones, elegir delegados, ganar pleitos en tribunales laborales, sentirse más dueños de sí mismos. Todo esto fue sentido por el obrero, por el trabajador general, como una afirmación de la dignidad personal. Se dijo que de ese modo se alentó la indisciplina y el resentimiento. Esta interpretación, creemos, constituye un error tan grave como la teoría del «plato de lentejas»”. *Ibidem*, p. 326.

<sup>41</sup> *Idem*.

<sup>42</sup> *Ibidem*, p. 336.

<sup>43</sup> *Ibidem*, p. 335.

<sup>44</sup> *Ibidem*, p. 336.

<sup>45</sup> *Ibidem*, p. 337.

así el político— un complemento de la verdadera democracia que dotaría de racionalidad a las masas.

El signo de “la tragedia argentina” estribaba, entonces, en el hecho de que la integración de las masas se efectuó “vía el totalitarismo”; vía una expresión, singular y errónea que se ocupó de separar la experiencia de dignidad laboral de la “teoría” y la “práctica de la democracia y la libertad”<sup>46</sup>. Una afirmación semejante —que coincide con el tono inicial del escrito—, revela algo que ya hemos advertido acerca de los enfoques histórico-estructurales: la denuncia de la manipulación es el argumento que viene a suplir la imposibilidad de desentrañar la singularidad de adscripciones políticas que interrogan los límites de la democracia liberal y el rol mismo del liderazgo en la conformación de una identidad colectiva. No obstante, y más allá de la apelación contradictoria al engaño hecha por Germani, su decir habilita una indagación compleja sobre el populismo y sus teorizaciones, que no se reduce al par racionalidad-irracionalidad o a la noción de “exceso”<sup>47</sup>. La teoría de los afectos laclausiana, presente en *La razón populista*, puede ser recuperada para continuar en tal senda.

### Hegemonía = discursividad + afectividad

Hacia los años 1970, la apelación a Gramsci emprendida por parte de un grupo de jóvenes intelectuales —disidentes del Partido Comunista Argentino— daría lugar a una revisión de los dilemas del populismo<sup>48</sup>. Como bien indica Svampa en su mencionado libro, esta operación habilitaría una inscripción de las experiencias latinoamericanas ya no solo desde la dimensión socioeconómica observada por perspectivas como las de Germani, sino más bien a partir de la singularidad de sus articulaciones hegemónicas. Cabe señalar brevemente un episodio fundamental que se inserta en este marco, el cual tuvo como protagonistas a Ernesto Laclau, Emilio de Ípola y Juan Carlos Portantiero.

A raíz de una intervención del primero —quien por aquel entonces no podía ser considerado “gramsciano”— intitulada “Hacia una teoría del populismo”<sup>49</sup> [1977], de Ípola y Portantiero escribirían “Lo nacional popular y los populismos realmente existentes”<sup>50</sup> [1981], texto en el que valoraban el intento laclausiano por pensar la vinculación entre populismo y socialismo, pero en el que señalaban la imposibili-

dad de dicha asociación desde el punto de vista de la praxis. Apelando a Gramsci, de Ípola y Portantiero afirmaban que los populismos no eran más que experiencias cuyos liderazgos carismáticos establecían mediaciones “nacional-estatales” tendientes a licuar los conflictos de clases y a obturar la posibilidad de verdaderas construcciones “nacional-populares” en el camino hacia el socialismo. En los años subsiguientes, los intercambios entre los tres autores continuarían —en especial entre Laclau y de Ípola—, teniendo siempre como telón de fondo la experiencia peronista. De Ípola escribiría *Ideología y discurso populista*<sup>51</sup> [1982] y Laclau el menos conocido ensayo “Populismo y transformación del imaginario político en América Latina”<sup>52</sup> [1987]. Tiempo después, ya editada *La razón populista*, de Ípola le dispensaría una nueva crítica a Laclau en un libro homenaje a Portantiero. Allí, impugnaría la nueva teoría del populismo debido a su supuesta tendencia a la concentración de la política en el líder<sup>53</sup>.

Comprenderemos el ánimo de este juicio tras reponer los puntos nodales de la teoría de los afectos de 2005. Es que a través de ella Laclau procuraba repensar la hegemonía y desterrar el recurso explicativo de la manipulación —crucial en los trabajos clásicos sobre el populismo y las masas— dando cuenta de la construcción de un sujeto político colectivo que logra articular la heterogeneidad social sin anularla; cuestiones estas que no habían sido abordadas en sus escritos previos. Veremos que ese ejercicio laclausiano acarrea ciertas dificultades conceptuales, ya que parece desplegarse dejando activa la misma posibilidad que buscaba desterrar; cuestión que no solo sería el signo de una flagrante contradicción, sino además de una afirmación del populismo como lo otro de la democracia, tal como supieron esgrimir los estudios detractores. Nuestra intención consiste en recuperar los rasgos elementales del camino seguido por Laclau y plantear un punto en el que es posible leer su teoría más allá de su conclusión, es decir, leer a los afectos manteniendo las premisas elementales de la noción posmarxista de hegemonía destacando, así, la imposibilidad de la manipulación. Al hacerlo podremos dejar planteadas ciertas aristas que permiten pensar la relación entre populismo y democracia de un modo distinto a lo expresado por Laclau y por algunos de sus más importantes comentaristas.

Recuérdese: Laclau comienza a desplegar su teoría de los afectos desde el propio prefacio de *La ra-*

<sup>46</sup> *Idem.*

<sup>47</sup> E. Manero, “Populismo(s). Intersecciones en las Ciencias Sociales”, *deSignis* 31, 2019.

<sup>48</sup> Sobre la trayectoria de este grupo, denominado “los gramscianos argentinos”, cf. R. Burgos, *Los gramscianos argentinos. Cultura y Política en la experiencia de Pasado y Presente*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

<sup>49</sup> E. Laclau, “Hacia una teoría del populismo”, *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*, Madrid, Siglo XXI, 1986.

<sup>50</sup> E. de Ípola y J. C. Portantiero, “Lo nacional popular y los populismos realmente existentes”, *Nueva sociedad* 54, 1981.

<sup>51</sup> E. de Ípola, *Ideología y discurso populista*, México, Folios, 1982.

<sup>52</sup> E. Laclau, “Populismo y transformación del imaginario político en América Latina”, *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe* 42, 1987.

<sup>53</sup> E. de Ípola, “La última utopía. Reflexiones sobre la teoría del populismo de Ernesto Laclau”, en C. Hilb (comp.), *El político y el científico. Ensayos en homenaje a Juan Carlos Portantiero*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009. Sobre una reposición pormenorizada de este debate: J. Melo, “Hegemonía populista, ¿hay otra? Nota de interpretación sobre populismo y hegemonía en la obra de Ernesto Laclau”, *IDENTIDADES* 1-1, 2011, y; M. Retamozo, “Ernesto Laclau y Emilio de Ípola ¿un diálogo? Populismo, socialismo y democracia”, *IDENTIDADES* 6, 2014.

*zón populista*. Allí señala que su objetivo consiste en analizar “la lógica de formación de las identidades colectivas” evitando una perspectiva individualista como también los enfoques “funcionalistas o estructuralistas”<sup>54</sup>, como las de Germani. En sus palabras, se trata de dar cuenta del “cemento social” que une a “los elementos heterogéneos”<sup>55</sup> de un mismo campo de representación; objetivo capital en tanto la constitución de toda identidad no puede ser comprendida desde un “arriba” o desde un “abajo”, desde la sociedad o el individuo, desde el discurso o el afecto, desde el líder o sus seguidores, pues se da en ese “entre”, en esa línea de separación y unión que posibilita toda vinculación. De allí que Laclau advierta la necesidad de reparar en el lazo que entre discursividad y afectividad se genera al interior de la “nominación”<sup>56</sup>, tal como se explayará más adelante.

Esta metáfora del “cemento” con la que alude a los afectos parecería tener una importante raigambre gramsciana<sup>57</sup>. Aunque sea cierto que Gramsci ya no aparece como una referencia explícita en esta obra —como tampoco sucede con otras figuras del marxismo<sup>58</sup>—, se podría conjeturar que Laclau filia su apuesta a aquella de tiempo atrás que había enarbolado junto a Chantal Mouffe<sup>59</sup>. Es que como sabemos, Laclau no dejó de concebir a la política bajo el signo de tal categoría, es decir, como la necesaria, pero imposible, tarea de gestar una universalidad; como ese proceso siempre en disputa, tensionado e inacabado, que hace que una particularidad aparezca representativa del todo. La variación introducida en 2005 respondería a la intención posestructuralista de ir —con el psicoanálisis— más allá del formalismo de la significación, del accionar de los puntos nodales y de los significantes tendencialmente vacíos y flotantes, pues “las diferentes operaciones de significación” pueden “explicar las formas” adoptadas por las experiencias colectivas, pero resultan insuficientes para dar cuenta de la “fuerza”<sup>60</sup> que las sostienen, es decir, de la carnadura de toda identidad política. Pero para Laclau los afectos se inscriben en la propia naturaleza del lazo social. Para evidenciarlo, se adentra en la obra freudiana indicando que “los lazos emocionales que

unen al grupo son, obviamente, pulsiones de amor que se han desviado de su objetivo original”<sup>61</sup>. De este modo, rescata que para el fundador del psicoanálisis no hay ruptura o división tajante entre lo individual y lo social; no hay borramiento del individuo en la masa<sup>62</sup>. Así, Freud permite rectificar la relación objetual de la manipulación que los teóricos de las multitudes y primeros estudiosos del populismo juzgaron como necesaria. Esto lleva a Laclau a pensar cómo los miembros de un grupo se identifican entre sí ubicando el mismo objeto de amor en su yo ideal. Ese “yo ideal” lo encarna el líder, quien no aparece por fuera del *ethos* comunitario; es una suerte de “*primus inter pares*” al compartir “algún rasgo positivo”<sup>63</sup> con sus seguidores. Por ello, incluso en la Iglesia Católica —institución que junto al ejército son los ejemplos paradigmáticos presentes en *Psicología de las masas y análisis del yo*<sup>64</sup> [1921] de Freud—, Laclau señala que la identificación entre Cristo y sus seguidores se produce en tanto comparten una misma forma de vida. Así, argumenta que el líder necesita del consentimiento de su grupo, de lo contrario no podría ejercer su función. Visto de este modo —y siguiendo con la cuestión teológica—, el líder ya no es “el padre” autoritario de la horda primitiva que Freud describió en *Tótem y tabú*<sup>65</sup> [1913], sino “uno de los hermanos”, alguien “responsable ante la comunidad”<sup>66</sup>. Es por ello que Laclau afirma que ya en Freud estaría presente “la peculiar combinación de consenso y coerción que Gramsci denominó hegemonía”<sup>67</sup>. Dicha consideración podría ilustrarse con la centralidad que un concepto como el de “lealtad” —y su contraparte el de “traición”— posee para el peronismo. Como bien ha demostrado Fernando Balbi<sup>68</sup>, en el peronismo no se trata simplemente de la lealtad hacia el líder, sino también de la lealtad entre compañeros. Este concepto que parece ser de origen castrense da cuenta de un tipo de conducción que no es propia del ámbito militar, pues mientras en él se trata siempre de jerarquías, de una cadena de mando establecida que domina la voluntad de los soldados, en política la conducción opera por persuasión, enhebrando, una y otra vez, el consentimiento de los seguidores.

<sup>54</sup> E. Laclau, *op. cit.*, p. 9.

<sup>55</sup> *Ibidem*, p. 10.

<sup>56</sup> *Idem*.

<sup>57</sup> Recordemos, por caso, el siguiente pasaje que el autor sardo escribió en la cárcel intitulado “El hombre-individuo y el hombre-masa” (Q. 7, §12): “El hombre—colectivo actual se forma esencialmente, por el contrario, de abajo hacia arriba, sobre la base de la posición ocupada por la colectividad en el mundo de la producción: el hombre representativo tiene también hoy una función en la formación del hombre-colectivo, pero muy inferior a la del pasado, tanto que puede desaparecer sin que el cemento colectivo se deshaga y la construcción se derrumbe”. A. Gramsci, *Cuadernos de la cárcel* (Tomos 1-6, V. Gerratana, Ed. crítica), México, Era, 1981-2000.

<sup>58</sup> J. Melo y G. Aboy Carlés, “La democracia radical y su tesoro perdido. Un itinerario intelectual de Ernesto Laclau”, *POSTData* 19-2, 2014-2015.

<sup>59</sup> E. Laclau y C. Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2015.

<sup>60</sup> E. Laclau, *op. cit.*, p. 142.

<sup>61</sup> *Ibidem*, p. 77.

<sup>62</sup> Sobre esta cuestión, ver: J. L. Villacañas, *Populismo*, La Huerta Grande, Madrid, 2015.

<sup>63</sup> E. Laclau, *op. cit.*, p. 83.

<sup>64</sup> S. Freud, “Psicología de las masas y análisis del yo”, *Obras Completas*, tomo XVIII, Buenos Aires, Amorrortu, 1997.

<sup>65</sup> S. Freud, “Tótem y tabú”, *Obras Completas*, tomo XIII, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.

<sup>66</sup> E. Laclau, *op. cit.*, p. 84.

<sup>67</sup> *Idem*.

<sup>68</sup> “«...esa avalancha de homenajes»: campo de poder, lealtad y concepciones de política en el primer peronismo”, *Anuario de Estudios en Antropología Social*, 2005.

Ahora bien, no podemos dejar de notar que Laclau despliega en 2005 una operación de lectura particular sobre el pensamiento de Freud, quien a pesar de su oposición al esquema de las multitudes de Le Bon, no dejó nunca de avistar la dimensión autoritaria del liderazgo. Como hemos visto, Laclau rechaza esta declinación remarcando el origen democrático de la hegemonía debido a las propias características de la sociabilidad<sup>69</sup>. En consecuencia, se acerca a la célebre premisa weberiana que reza que todas las formas de dominación poseen un origen democrático debido al indudable rol del consentimiento que opera en todas ellas, pero también rememora a Gramsci y a la relación de “mismidad” entre líder y pueblo que el sardo supo cifrar en el pensamiento maquiaveliano<sup>70</sup>.

Tras estos aspectos, Laclau emprende su indagación específica sobre el populismo. Es interesante advertir que, para ello, se refiere a la construcción del pueblo apelando a la dimensión afectiva, aun cuando no aparezca explicitada de este modo. Es que al tomar a las “demandas” como la mínima unidad de análisis de las identidades colectivas, ubica en ellas una indudable afección. Según sostiene, las demandas son reclamos que pretenden recibir algún tipo de satisfacción. Más allá de las disposiciones específicas que pudieran adoptar un determinado orden, resulta una tarea imposible porque la estructura social –como ya indicó en *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*<sup>71</sup> [1990]– está de por sí dislocada, de manera que eso no puede siempre suceder. Parafraseando al decir de Freud sobre la cultura podríamos asumir que las demandas simbolizan un indudable “malestar”<sup>72</sup> que no es otra cosa que –en términos lacanianos– la manifestación de un real que se reinscribe en lo simbólico siempre de forma incompleta. En este sentido, aunque sea cierto que Laclau no brinda mayores explicaciones sobre su origen, las demandas permiten dar cuenta de una premisa ontológica en

tanto avizoran “una falta, una brecha que ha surgido en la continuidad armoniosa de lo social”<sup>73</sup>.

Ahora bien, aquellas demandas insatisfechas pueden articularse buscando su procesamiento, lo que marca una frontera en el espacio de representación, una “exclusión que divide a la sociedad en dos campos”<sup>74</sup>. Así, la dimensión ontológica evidenciada se conjuga con una dimensión óptica: nace el pueblo desoído como expresión de la falta –y en ese mismo proceso su antagonista, el bloque de poder–, pero también nace el pueblo como única expresión posible ante la falta<sup>75</sup>. Esta distinción es la que mostrará la especificidad del populismo, es decir, esa oscilación que va del pueblo que antagoniza contra el orden –la *plebs*– al pueblo entendido como el único legítimo capaz de regenerar esa división –el *populus*<sup>76</sup>–. Sin embargo, aún no queda claro cómo se articula esa heterogeneidad de demandas; solo conocemos su común sustrato insatisfactorio, su arista afectiva. Laclau avanza un poco más en este terreno indicando que entre discursividad y afección existe una relación “íntima”<sup>77</sup>, por lo que no hay primacía de uno de estos elementos sobre el otro. En este punto introduce un giro crucial que lo llevará a explicitar el rol del papel de la nominación. Según expresa, Lacan fue quien mejor constató un “vacío del ser”, es decir, una verdadera “imposibilidad del pensamiento”, una suerte de “ontología negativa”<sup>78</sup>, al no haber “Cosa perdida”<sup>79</sup> alguna –como creía Freud– tras el Edipo. Es que para el pensador francés, solo existen objetos parciales de goce que funcionan como una totalidad fallida precisamente porque no representan “una parte de un todo, sino una parte que es el todo”<sup>80</sup>. De allí que Laclau afirme que “el objeto *a* de Lacan” es “el elemento clave de una ontología social”; elemento que indica que no hay “ninguna universalidad que no sea una universalidad hegemónica”<sup>81</sup>. Lo que revela, a su vez, que “no existe ninguna plenitud social al-

<sup>69</sup> De Ípola remarca que Laclau efectúa aquí una importante omisión. Es que tras el asesinato del padre narrado en *Tótem y tabú*, Freud describe cómo los hermanos entablan una guerra fratricida que solo se detiene con el posterior establecimiento del pacto. Cf. de Ípola, *op. cit.*

<sup>70</sup> Sobre el particular: F. Frosini, “Democracia, mito y religión: el Maquiavelo de Gramsci entre Georges Sorel y Luigi Russo”, *Cultura Académica*, 2014.

<sup>71</sup> E. Laclau, *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2000.

<sup>72</sup> S. Freud, “El malestar en la cultura”, *Obras Completas*, tomo XXI, Buenos Aires, Amorrortu, 1988. Sobre esta cuestión en la teoría de Laclau, cf. P. Oyarzún, “Pueblo, populismo y democracia”, *Diánoia* 63-81, 2018-2019.

<sup>73</sup> E. Laclau, *op. cit.*, p. 112. En un trabajo donde vincula la noción de demanda en Laclau y Lacan, Thomas Zicman de Barros señala que el pensador argentino no ubicó claramente el inicio de las mismas en tanto permanece atrapado en cierto resabio esencialista (“Desire and Collective Identities: Decomposing Ernesto Laclau’s notion of demand”, *Constellations* 28, 2020).

<sup>74</sup> E. Laclau, *op. cit.*, p. 107.

<sup>75</sup> Esta dualidad se coaliga con una triple sinonimia que Laclau lleva a cabo entre “política”, “hegemonía” y “populismo” que parece sugerir que lo político se vincula necesariamente al populismo (Cf. G. Aboy Carlés, “Populismo, regeneracionismo y democracia”, *POSTdata* 15, 2010, y; J. Melo, *op. cit.*). De todos modos, no menos cierto es que el propio pensador se ocupa de señalar que “existe un real del «pueblo» que resiste la integración simbólica”. Laclau, *op. cit.*, p. 191. Sebastián Barros ha procurado corregir tal dualidad laclausiana remarcando que se trata de un inevitable componente populista en toda articulación política (“Polarización y pluralismo en la teoría de la hegemonía de Ernesto Laclau”, *Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos* 67, 2018). En cierto modo, esta ambigüedad se replica también en lo que concierne a la noción de investidura radical

<sup>76</sup> Aboy Carlés la definió como “regeneracionismo”, ya que da cuenta de una oscilación entre esos dos momentos internos al populismo que conlleva una tensión del campo de representación más no su ruptura (“El nuevo debate sobre el populismo y sus raíces en la transición democrática: el caso argentino”, *Colombia Internacional* 82, 2014, p. 40).

<sup>77</sup> E. Laclau, *op. cit.*, p. 142.

<sup>78</sup> Y. Stavrakakis, *La izquierda lacaniana. Psicoanálisis, teoría, política*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010.

<sup>79</sup> E. Laclau, *op. cit.*, p. 145.

<sup>80</sup> *Ibidem*, p. 146.

<sup>81</sup> *Ibidem*, p. 147.

canzable excepto a través de la hegemonía”, es decir, “la investidura, en un objeto parcial, de una plenitud que siempre nos va a evadir porque es puramente mítica”<sup>82</sup>. De manera que “la lógica del objeto *a* y la lógica hegemónica no son sólo similares: son simplemente idénticas”<sup>83</sup>.

A partir de los desarrollos de Slavoj Žižek y Joan Copjec –tributarios de la enseñanza lacaniana–, Laclau concluye que al no haber cosa alguna como fundamento último, es el nombre el “fundamento de la cosa”<sup>84</sup>. Así, explica el momento ascendente de la hegemonía: “la cadena” equivalencial como tal adopta su forma por la “acción performativa del nombrar”<sup>85</sup>, es decir, la heterogeneidad social tiene un momento que articula las diferencias y gesta una identidad colectiva. Lo que es dable de observar es que la apropiación del psicoanálisis presente en *La razón populista* se vuelve algo confusa, pues Laclau sostiene –siguiendo su lectura de Freud– que la necesaria “unificación simbólica de un grupo” suele generarse mediante una individualidad, cuya forma “extrema”<sup>86</sup> es el nombre de un líder, pero que también puede darse a partir de un significante –como señala Lacan<sup>87</sup>– que oficie como Nombre-del-padre. El problema que nos interesa aquí es menos despejar la naturaleza del liderazgo que dar cuenta del reingreso de algún tipo de manipulación en la postura laclausiana, esto es, el elemento que tuerce la premisa ontológica sobre la imposibilidad de dar con lo real, de llenar el “vacío del ser”. Para decirlo rápidamente, interesa señalar un resabio estructuralista en su pensamiento fundamentado en *la premisa de la discursividad como elemento crucial por sobre la afectividad*. Así, suponer que el nombre puede efectivamente dar con la cosa –o que este es, retroactivamente, su fundamento– reinstala un umbral como el que ya advertimos al repasar a Germani. Para ser más claros: si la cosa existe porque es nombrada, ¿la operación simbólica coagula la heterogeneidad del sentido, acaso la anula? De ser afirmativa esta respuesta, ¿qué implicancias teóricas y políticas acarrea? O, para seguir a Melo y Aboy Carlés, “¿puede esta teoría del afecto involucrada en el populismo laclausiano defenderse de las críticas que la misma ciencia política le infringe a aquellos líderes en términos de autoritarismo, demagogia y manipulación?”<sup>88</sup>. Ensayar una respuesta supone necesariamente terminar de entender

las consideraciones que Laclau expresa acerca de la relación entre discursividad y afectividad para luego volver a pensar la experiencia populista.

### Con Laclau, más allá de Laclau

Como hemos visto, la teoría de los afectos presente en *La razón populista* es elaborada con el objeto de comprender las identidades colectivas y de rechazar la interpretación tradicional de los populismos a partir de la figura de la manipulación, pero parece lograr el efecto inverso, esto es, rubricar al populismo como lo otro de la democracia.

Para de Ípola, Laclau deja efectivamente abierta una puerta autoritaria que estriba no solo en el polémico rol del líder del populismo, sino además en la propia noción de hegemonía que utiliza, ya que al sostener una única perspectiva cancela al pluralismo que sostiene a la democracia. Para Melo y Aboy Carlés, el problema lejos está de originarse en el concepto gramsciano; se trata de un uso indebido del mismo que supone la dicotomización del campo de representación y la pérdida de pluralismo a manos del liderazgo populista. Esta sospecha cobra intensidad en tanto el propio Laclau reintroduce la figura de un sujeto necesario en la historia –el pueblo– contradiciendo así la tarea antiesencialista que supo desplegar desde 1985 en adelante contra el economicismo marxista<sup>89</sup>. En ese marco, Melo y Aboy Carlés manifiestan que en Laclau el líder no aparece simplemente “como una parte más de un lazo sino como el devenir inevitable de la reducción de lo heterogéneo a un Uno”<sup>90</sup>, es decir, como un momento necesario que anula la heterogeneidad social. Este gesto tuerce las premisas de las obras laclausianas pretéritas. Son los afectos los que llevan a Laclau a una pérdida de “potencia explicativa” de una “teoría política que tenía de por sí un carácter formal ineluctable”<sup>91</sup>; pérdida que no recibe como contrapartida ningún motivo de peso para entender por qué “la necesidad por explicar el carácter pasional de un fenómeno político” requiere “sí o sí del andamiaje psicoanalítico”<sup>92</sup>.

Para otro estudioso de las identidades políticas, el liderazgo no conduce al autoritarismo ni a una deriva antipluralista, sino que es “ese lugar estructural en el que potencialmente se puede condensar en su mínima expresión –el Uno– la representación de la

<sup>82</sup> *Ibidem*, p. 148.

<sup>83</sup> *Idem*.

<sup>84</sup> *Ibidem*, p. 130.

<sup>85</sup> *Ibidem*, p. 134.

<sup>86</sup> *Ibidem*, p. 130.

<sup>87</sup> J. Lacan, *Las formaciones del inconsciente. Seminario 5*, Buenos Aires, Paidós.

<sup>88</sup> J. Melo y G. Aboy Carlés, *op. cit.*, p. 418.

<sup>89</sup> Sobre el particular, cf. J. Melo, “La democracia populista: populismo y democracia en el primer peronismo”, *Pensamiento Plural* Vol. 4, N. 7, 2008, y; J. Melo, “El Otro de sí mismo. Notas sobre populismo y heterogeneidad”, *STUDIA POLITICÆ* 20, 2010. He trabajado esta cuestión en R. Laleff Ilieff, “El sujeto en Laclau y Mouffe”, en E. Palti y R. Polo Bonilla (eds.), *El concepto de sujeto en el pensamiento contemporáneo*, Buenos Aires, Prometeo, 2021.

<sup>90</sup> J. Melo y G. Aboy Carlés, *op. cit.*, p. 415.

<sup>91</sup> *Ibidem*, p. 417.

<sup>92</sup> *Idem*.

multiplicidad de diferencias<sup>93</sup>. Se trata, para Barros, del momento ascendente que no puede anular la pluralidad de identidades, sino solo abrirlas y nunca sin tensiones. La cancelación de la heterogeneidad resulta, por tanto, imposible; de lo contrario, la hegemonía no podría ser entendida como la imposibilidad de fijar un sentido último, de cancelar el conflicto o de eliminar el hiato que supone la representación<sup>94</sup>.

Valiéndonos de estas consideraciones, debemos preguntarnos sobre la manera en que Laclau termina anudando discursividad y afectos en su escrito de 2005 y ver si ese gesto afecta la capacidad explicativa de la teoría de la hegemonía para entender al populismo. En este sentido, no nos importa remarcar la normatividad de su postura, sino el efecto que ciertas aseveraciones, omisiones o vacilaciones generan en la comprensión de los fenómenos políticos. Nuestra hipótesis es que Laclau se termina apartando de algunas de las premisas explicitadas desde el prefacio de su propia obra habilitando lecturas que observan el regreso de la manipulación. Sin embargo, ello no se debe a su teoría de los afectos o al uso que hace del psicoanálisis para complejizar su noción de hegemonía, sino más bien al modo particular en el que entiende a la discursividad; modo derivado de un sesgo estructuralista que mantiene la primacía del significante y que olvida el hiato de toda simbolización, esto es, lo real, la heterogeneidad. En suma, debemos juzgar si se trata de una deriva esperable de la teoría de la hegemonía como diría de Ípola, de una torsión al interior del propio pensamiento laclausiano como señalaron Melo y Aboy Carlés o de un problema que amerita leer a Laclau contra el propio Laclau recuperando ciertas premisas fundantes de su teoría, tal como hace Barros. Es aquí en donde proponemos ir más allá del pensador argentino retomando la centralidad de la dimensión afectiva para el proceso de constitución identitario. Para ello debemos, primero, precisar el concepto de afecto que tiene en mente Laclau –de inscripción explícitamente lacaniana– para luego retornar al decir del propio Lacan en vistas de dar cuenta de una diferencia conceptual para nada menor entre ambos pensadores. Se trata de una distinción que nos permitirá aseverar la imposibilidad

de toda manipulación afectiva y rescatar la dimensión crucial de la singularidad para toda política.

Si recordamos los trazos fundamentales de nuestra reposición de *La razón populista* nos daremos cuenta de que en ningún momento Laclau explicitó lo que entiende por afectos. Solo utilizó metáforas como la de “cemento” y “fuerza” para referirse a su función en el marco de la hegemonía y aludió a sentimientos o emociones para destacar su inscripción en la sociabilidad –como el “amor” en el caso del vínculo libidinal freudiano o el “malestar” de las demandas–. Esta falta de precisión es, por lo menos, sintomática de su decir. Sin embargo, en un pasaje de su escrito esboza una suerte de justificación, la cual reza que entender a los afectos implica remitirse al “inconsciente”<sup>95</sup>; cuestión imposible o impropia dadas las premisas metodológicas de su enfoque y sus horizontes explicativos, que no son los de la clínica psicoanalítica, sino los de la teoría política. Poco después afirma que “el afecto (es decir, el goce) constituye la esencia misma de la investidura”<sup>96</sup>, lo que a su vez se asocia con aquella frase taxativa en la que indica que “no es algo que exista por sí solo, independiente del lenguaje”<sup>97</sup>.

Si el afecto no existe por fuera del lenguaje, entonces solo existe al recibir un nombre, es decir, subordinándose a la dimensión simbólica. De este modo, en la nominación ya no habría una relación íntima entre afectividad y discursividad –como el propio pensador lo destacó desde un principio–. En este punto, Laclau termina por subordinar el afecto al significante manteniendo operante la premisa estatuida junto a Mouffe en *Hegemonía...* que indica la inexistencia de prácticas “no discursivas”<sup>98</sup>. Ello se coaliga, a su vez, con una acentuación excesiva de la acción performativa del nombrar recuperada de abordajes como los de Žižek y Copjec. La falla que impulsa las demandas, la imposibilidad de una identidad plena y de un sujeto que pueda arrogarse la titularidad de la historia<sup>99</sup> parecerían ser corregidas por la confianza de que lo simbólico pueda dar con lo real, en otros términos, por el presupuesto secreto de que es posible llenar la carencia de fundamento, de que es factible imprimir un nombre al goce o mani-

<sup>93</sup> S. Barros, *op. cit.*, p. 25.

<sup>94</sup> Barros ilustra su postura poniendo de ejemplo la complejidad de la identidad peronista con la multiplicidad de significados que acarrea: “El caso histórico que desveló muchas de las inquietudes teóricas sobre el populismo, el peronismo, articulaba toda una serie de diferencias para las que el peronismo significaba algo distinto. Es más, nunca hubo un Uno peronista desde el momento en que esos significados no eran unívocos, no disparaban las mismas lógicas políticas y eran constantemente refutados. El carácter que adquieren los significantes que hegemonizan los populismos en América Latina nunca es Uno sino que es tan plural como tantas diferencias lo articulan. Lo mismo sucederá con los liderazgos populistas. Podremos normativamente criticar el espacio que dejan para la expresión de la diferencia, pero no podremos argumentar que las diferencias articuladas dejan de serlo. El argumento contrario es aquel que ve en las masas populistas seres que mecánicamente repiten lo que el liderazgo emite, obliterando su propio carácter diferencial”. *Ibidem*, p. 68.

<sup>95</sup> E. Laclau, *op. cit.*, p. 142.

<sup>96</sup> *Ibidem*, p. 148.

<sup>97</sup> *Ibidem*, p. 143.

<sup>98</sup> E. Laclau Ch. Mouffe, *op. cit.*, p. 144. Para una crítica más general al enfoque discursivo laclausiano, cf. F. Tarragoni, “Du populisme «par le haut» au populisme «par le bas». Les apports d’une enquête de terrain à la redéfinition d’un concept flou”, *IdeAs, Idées d’Amérique* 14, 2019

<sup>99</sup> Tal como Laclau impugnó de la crítica propinada por Judith Butler a lo real lacaniano en el libro en el que también participó Žižek (*Contingencia, hegemonía, universalidad: diálogos contemporáneos en la izquierda*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002). Al respecto, se recomienda consultar: E. Palti, *Verdades y saberes del marxismo. Reacciones de una tradición política ante su “crisis”*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.

pular efectivamente a los individuos<sup>100</sup>. Para Lacan, en cambio, el goce es aquello que excluye al sentido y que se define como la satisfacción de una pulsión que no deja de generar malestar y repetición; es la categoría que alude a lo real –como lo imposible– en el último tramo de su enseñanza<sup>101</sup>. En este sentido, Lacan coincidiría con Laclau y Mouffe respecto de la inexistencia de prácticas no discursivas, ya que siempre se trata de la inmersión en un orden simbólico que hace del “cachorro humano” un sujeto del lenguaje. Sin embargo, ello no quita que todo orden simbólico –que antecede al sujeto y por el que el mismo sujeto es hablado– se encuentre agujereado por un real que no solo lo interrumpe como si proviniera del exterior, sino que además lo trabaja desde dentro. De lo contrario –y acá retomamos al decir del propio Laclau– no habría dislocaciones o conflictos más que entendidos como expresiones patológicas e impropias del correcto curso comunitario; cabría entonces la posibilidad de un cierre de lo social, de una explicitación de lo real vía lo simbólico. Señalar esta dimensión de exclusión del goce no implica su oposición al lenguaje; el goce se inscribe en tanto proviene de la castración del lenguaje, pero lo excede en cuanto resto que escapa, en cuanto imposibilidad de llenar la oquedad de la realidad, y singularidad en la experimentación de la falta constitutiva del “ser”. De manera que, para Lacan, no hay sujeto sin goce y no hay goce sin registro simbólico, pero hay goce precisamente porque pasa y desborda el diafragma de la palabra<sup>102</sup>.

Lo que nos interesa retener de estas formulaciones es que el goce es una muestra de lo real y que se manifiesta, según el propio Lacan<sup>103</sup>, de forma primera en el cuerpo, es decir, como afección y no como mero sentimiento o emoción. Y ello no porque exista una asimilación en el psicoanálisis entre sujeto y cuerpo como pretenden las neurociencias, sino porque el sujeto porta un cuerpo, no es un cuerpo<sup>104</sup>. Su reconocimiento en el yo implica la gestación de operaciones imaginarias –inscriptas en la figura del Otro simbólico– en el que el niño reconoce la imagen que le devuelve el espejo como propia<sup>105</sup>. Por estos mo-

tivos, Lacan consideraba al psicoanálisis como una práctica destinada a cierto saber hacer con el goce, no a restituir la verdad de un trauma, pues no hay verdad alguna. Así se corrió de sus propias indagaciones iniciales –de signo claramente estructuralista–. Es que tal como captó a partir de la lingüística de Ferdinand de Saussure y Roman Jakobson<sup>106</sup>, la palabra misma está signada por el hiato entre significante y significado, es decir, por una imposibilidad de hacerlos coincidir, eso que Barros, desde Laclau, muestra muy bien desde lo multívoco de un significante como “peronismo”. De manera que la palabra engaña también en boca del analizante; el sujeto es siempre un sujeto de la falta. En la clínica psicoanalítica se trata, entonces, de dar cuenta del goce; de ese malestar que no es sin la cultura, pero que no es tampoco sin una singularidad imposible de explicar en términos estructurales<sup>107</sup>.

En conclusión, si como parece hacerlo Laclau los afectos no existen sin el nombre, entonces no remitirían a cierta dimensión indecible del goce<sup>108</sup>. Sin embargo, precisamente porque el goce es un real que escapa a la condensación del significante, pero que no es sin su inscripción simbólica, es que la dimensión afectiva es crucial para pensar los procesos políticos, pues la constituye al mismo tiempo que revela una imposibilidad por fijar su sentido, o su significado último, lo que conlleva una inestabilidad intrínseca, cuestión que revela la complejidad inherente de la política.

## Consideraciones finales

Partiendo del análisis de Germani sobre el peronismo y siguiendo con la teoría laclausiana del populismo hemos destacado la dimensión crucial de la afectividad en política. En ese marco, hemos señalado que apelar a la manipulación para explicar la dimensión consensual de un fenómeno de masas simplifica la complejidad de los procesos históricos y debilita la capacidad interpretativa de cualquier marco conceptual. En este sentido, si bien hemos destacado que la

<sup>100</sup> Por ello cabe recordar la (problemática) definición de Stavrakakis: “el éxito hegemónico y la longevidad de un discurso presuponen una manipulación eficiente del goce”. Y. Stavrakakis, *op. cit.*, p. 43.

<sup>101</sup> Al respecto consultar: C. Soler, *Los afectos lacanianos*, Buenos Aires, Letra Viva, 2011, y; J. A. Miller, *El ultimísimo Lacan*, Buenos Aires, Paidós, 2013.

<sup>102</sup> Sobre la noción lacaniana de goce: N. Braunstein, *El goce. Un concepto lacaniano*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

<sup>103</sup> J. Lacan, *Aún: Seminario 20*, Buenos Aires, Paidós, 1991.

<sup>104</sup> E. Laurent, *El reverso de la biopolítica*, Buenos Aires, Grama, 2016.

<sup>105</sup> J. Lacan, “El estadio del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”, *Escritos I*, México, Siglo XXI, 2009.

<sup>106</sup> M. Zafiroopoulos, *Lacan y las ciencias sociales. La declinación del padre (1938-1953)*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2002.

<sup>107</sup> En su crítica a las lecturas que hacen del populismo un fenómeno carismático, Eduardo Valenzuela ha indicado una suerte de dimensión afectiva –bajo la figura del amor entre el líder y la masa– que escapa a lo discursivo y que resulta de índole ritual, casi religiosa (“La experiencia nacional-popular”, *Proposiciones* 20, 1991). Nuestra diferencia fundamental con este enfoque –como ya puede suponer el lector– consiste en su apelación a la irracionalidad.

<sup>108</sup> Es interesante remarcar que el denominado “Giro Afectivo” no se ha percatado de esta reflexión lacaniana, basta con solo comprobar la obra de uno de sus máximos exponentes –Brian Massumi– (*Politics of Affect*, Cambridge, Polity Press, 2015). Para esta corriente, de hecho, los afectos son, como bien dice Sara Ahmed, “prepersonales y no intencionales, mientras que las emociones personales e intencionales” (*La política cultural de las emociones*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2015, p. 310). Para esta autora, inscripta en tal corriente, las emociones remiten al contacto entre las personas y entre estas y los objetos. Para una aclaración psicoanalítica en torno a las nociones de afecto, sentimiento y emoción, cf. H. Gallo, *Las pasiones en el psicoanálisis*, Buenos Aires, Grama, 2016.

teoría de la hegemonía permite dar un paso importante para analizar los procesos de subjetivación, también hemos sugerido que el propio decir de Laclau evidencia gravosas indeterminaciones al no ser del todo coherente con algunas de sus premisas. Para observar esto fue crucial el aporte de Lacan. Al entender a los afectos vinculados al goce y lo real, el psicoanalista francés permite indicar una dimensión singular crucial en la afectividad que reclama un estatuto bien distinto a la diada consagrada por la democracia

liberal entre racionalidad-irracionalidad. En consecuencia cabe interrogar con mayor profundidad si una teoría que contemple a los afectos no habilita a entender una particular vinculación entre populismo y democracia; vinculación que advierte el carácter complejo de la frontera entre lo social y lo individual y que no puede comprenderse desde la atomización como tampoco desde la negación de la singularidad de los individuos, sino solo a costas de un estrepitoso fracaso.

## Bibliografía

- Aboy Carlés, G., “Las dos caras de Jano: acerca de la compleja relación entre populismo e instituciones políticas”, *Pensamiento Plural* 4-7, 2010.
- , “Populismo y democracia liberal. Una tensa relación”, *IDENTIDADES* 2-6, 2016.
- , “Populismo, regeneracionismo y democracia”, *POSTdata* 1, 2010.
- Ahmed, S., *La política cultural de las emociones*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2015.
- Amaral, S., *El movimiento nacional-popular. Gino Germani y el peronismo*, Buenos Aires, EDUNTREF, 2018.
- Balbi, F., “«...esa avalancha de homenajes»: campo de poder, lealtad y concepciones de política en el primer peronismo”, *Anuario de Estudios en Antropología Social*, 2005.
- Barros, S., “Espectralidad e Inestabilidad Institucional. Acerca de la Ruptura Populista”, *Estudios Sociales* 30, 2006.
- , “Polarización y pluralismo en la teoría de la hegemonía de Ernesto Laclau”, *Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos* 67, 2018.
- Biglieri P. y Perelló, G., “Sujeto y populismo o la radicalidad del pueblo en la teoría posmarxista”, *Revista Debates y Combates* 9, 2015.
- Birnbaum, P., *Le peuple et les gros. Histoire d'un mythe*, París, Pludel, 1979.
- Braunstein, N., *El goce. Un concepto lacaniano*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.
- Burgos, R., *Los gramscianos argentinos. Cultura y Política en la experiencia de Pasado y Presente*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.
- Butler, J., Laclau, E. y Žižek, S., *Contingencia, hegemonía, universalidad: diálogos contemporáneos en la izquierda*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002.
- Cardoso, H. y Faletto, E., *Dependencia y desarrollo en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1977.
- De Ípola, E., “La última utopía. Reflexiones sobre la teoría del populismo de Ernesto Laclau”, en Claudia Hilb (comp.) *El político y el científico. Ensayos en homenaje a Juan Carlos Portantiero*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.
- , *Ideología y discurso populista*, México, Folios, 1982.
- y Portantiero, J. C., “Lo nacional popular y los populismos realmente existentes”, *Nueva sociedad* 54, 1981.
- Di Tella, T., “Populismo y reforma en América Latina”, *Desarrollo Económico* 4-16, 1965.
- Duso, G., *La representación política. Génesis y crisis de un concepto*, San Martín, UNSaM Edita, 2016.
- Frederic, S. y Soprano, G., “Panorama temático: antropología y política en la Argentina”, *Estudios en Antropología Social* 1-1, 2008.
- Freud, S., “Psicología de las masas y análisis del yo”, *Obras Completas*, tomo XVIII, Buenos Aires, Amorrortu, 1997.
- , “El malestar en la cultura”, *Obras Completas*, tomo XXI, Buenos Aires, Amorrortu, 1998.
- , “Tótem y tabú”, *Obras Completas*, tomo XIII, Buenos Aires, Amorrortu, 1976.
- Frosini, F., “Democracia, mito y religión: el Maquiavelo de Gramsci entre Georges Sorel y Luigi Russo”, *Cultura Académica*, 2014.
- Gallo, H., *Las pasiones en el psicoanálisis*, Buenos Aires, Grama, 2016.
- García, L., “La modernidad como crisis. Apuntes para una relectura de Gino Germani”, *Revista Modernidades* 3-6, 2007.
- Germani, G., “La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo”, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós, 1968.
- , *Autoritarismo, fascismo y populismo nacional*, Buenos Aires, Temas, 2003.
- Gramsci, A., *Cuadernos de la cárcel*, (Tomos 1-6), (V. Gerratana, Ed. crítica), México, Era, 1981-2000.
- Grondona, A., *Gino Germani. Transición, paradojas, sustituciones y heterogeneidades*, Los Polvorines, Ediciones UNGS, 2017.
- Halperín Donghi, T., “Algunas observaciones sobre Germani, el surgimiento del peronismo y los migrantes internos”, *Desarrollo Económico* 14-5, 1975.
- Ianni, O., “Populismo y capitalismo”, *La formación del Estado Populista en América Latina*, Buenos Aires, Era, 1975.
- Ingerflom, C., *El zar soy yo. La impostura permanente desde Iván el Terrible hasta Vladimir Putin*, Madrid, Guillermo Escolar Editor, 2017.

- Ionescu, G. y Gellner, E., *Populismo: sus significados y características nacionales*, Buenos Aires, Amorrortu, 1970.
- Lacan, J., *Aún. Seminario 20*, Buenos Aires, Paidós, 1991.
- , “El estadio del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”, *Escritos I*, México, Siglo XXI, 2009.
- , *Las formaciones del inconsciente. Seminario 5*, Buenos Aires, Paidós, 1999.
- y Mouffe, C., *Hegemonía y estrategia socialista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2015.
- , “Hacia una teoría del populismo”, *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*, Madrid, Siglo XXI, 1986.
- , “Populismo y transformación del imaginario político en América Latina”, *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe* 42, 1987.
- , *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2015.
- , *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2000.
- Laleff Ilieff, R., “El sujeto en Laclau y Mouffe”, en E. Palti y R. Polo Bonilla (edits.), *El concepto de sujeto en el pensamiento contemporáneo*, Buenos Aires, Prometeo, 2021.
- , “La reserva liberal en la teoría de la hegemonía de Ernesto Laclau”, en M. Rossi y E. Mancinelli (comp.), *La política y lo político en el entrecruzamiento del posfundacionalismo y el psicoanálisis*, Buenos Aires, IIGG-CLACSO, 2020.
- Laurent, E., *El reverso de la biopolítica*, Buenos Aires, Grama, 2016.
- Magrini, A., “Narrativas sobre peronismo. Presencias ausentes de una iteración argentina”, *IDENTIDADES* 7-4, 2014.
- Manero, E., “Populismo(s). Intersecciones en las Ciencias Sociales”, *deSignis* 31, 2019.
- Massumi, B., *Politics of Affect*, Cambridge, Polity Press, 2015.
- Melo, J., “El Otro de sí mismo. Notas sobre populismo y heterogeneidad”, *STUDIA POLITICÆ* 20, 2010.
- , “Hegemonía populista, ¿hay otra? Nota de interpretación sobre populismo y hegemonía en la obra de Ernesto Laclau”, *IDENTIDADES* 1-1, 2011.
- , “La democracia populista: populismo y democracia en el primer peronismo”, *Pensamiento Plural* 4-7, 2008.
- , y Aboy Carlés, G., “La democracia radical y su tesoro perdido. Un itinerario intelectual de Ernesto Laclau”, *POST-Data* 19-2, 2014-2015.
- , “El jardinero feliz: sobre populismo, democracia y espectros”, *Las Torres de Lucca* 2, 2013.
- Miller, J. A., *El ultimísimo Lacan*, Buenos Aires, Paidós, 2013.
- Murmis, M. y Portantiero, J. C., *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.
- Neiburg, F., *Los intelectuales y la invención del peronismo. Estudios de antropología social y cultural*, Buenos Aires, Alianza Editorial, 1988.
- Oyarzún, P., “Pueblo, populismo y democracia”, *Diánoia* 63-81, 2018-2019.
- Palti, E., *Verdades y saberes del marxismo. Reacciones de una tradición política ante su “crisis”*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.
- Panizza, F., “Introducción. El populismo como espejo de la democracia”, en F. Panizza (comp.), *El populismo como espejo de la democracia*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2009.
- Pereyra, G., “La razón populista o el exceso liberal de la teoría de la hegemonía”, en J. Aibar Gaete (edit.), *Vox Populi. Populismo y democracia en América Latina*, México, FLACSO, 2007.
- Pessin, A., *Le mythe du peuple*, París, PUF, 1992.
- Retamozo, M., “Ernesto Laclau y Emilio de Ípola ¿un diálogo? Populismo, socialismo y democracia”, *IDENTIDADES* 6, 2014.
- Serra, P., *El populismo argentino*, Buenos Aires, Prometeo, 2019.
- Soler, C., *Los afectos lacanianos*, Buenos Aires, Letra Viva, 2011.
- Stavrakakis, Y., *La izquierda lacaniana. Psicoanálisis, teoría, política*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Svampa, M., *Debates latinoamericanos: indianismo, desarrollo, dependencia y populismo*, Buenos Aires, Edhasa, 2016.
- Taguieff, P., “Las ciencias políticas frente al populismo: de un espejismo conceptual a un problema real”, en AA. VV., *Populismo posmoderno*, Universidad de Quilmes, 1996.
- Tarragoni, F., “Du populisme «par le haut» au populisme «par le bas». Les apports d’une enquête de terrain à la redéfinition d’un concept flou”, *IdeAs, Idées d’Amérique* 14, 2019.
- Touraine, A., *Actores sociales y sistema político en América Latina*, Santiago, PREALC, 1987.
- Valenzuela, E., “La experiencia nacional-popular”, *Proposiciones* 20, 1991.
- Vega Centeno, I., *Aprismo popular; cultura, religión y política*, Lima, Cisepa Puc, 1991.
- Villacañas, J. L., *Populismo*, Madrid, La Huerta Grande, 2015.
- Weber, M., “La ciencia como vocación”, *El político y el científico*, Madrid, Alianza, 1972.
- Weffort, F., “El populismo en la política brasileña”, en M. Mackinnon y M. Petrone (eds.), *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la cenicienta*, Buenos Aires, Eudeba, 1998.
- Zafropoulos, M., *Lacan y las ciencias sociales. La declinación del padre (1938-1953)*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2002.
- Zicman de Barros, T., “Desire and Collective Identities: Decomposing Ernesto Laclau’s notion of demand”, *Constellations* 28, 2002.